

Bueno. En todo caso es una creación artificial actuante desde el 30 de noviembre de 1833; es decir: más de siglo y medio. Aparte de eso hay que lamentar el lamentable mapa regional de las páginas 236-237, tan escaso, algunas omisiones en la bibliografía y el exceso de una obra ("Conocer España. Geografía y guía") en la parte final de cada capítulo dedicada a "Lecturas y documentos". Es una pena, cuando tantos escritores andaluces hay, ausentes por cierto de esta "Andalucía" que comentamos.

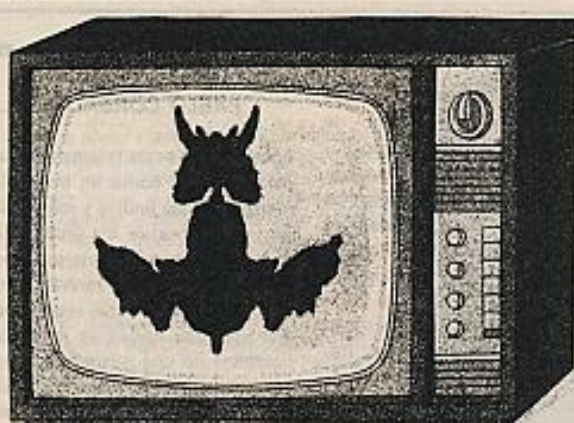
Sin embargo, nada de ello debe aminorar el aplauso para un intento de esta envergadura. Empeño divulgador de mucho interés, especie de "Pequeña Enciclopedia de Andalucía" (la grande existe ya: es la "Gran Enciclopedia de Andalucía" dirigida por José María Javiere, ahora felizmente camino de su tercer tomo). La edición de esta "Andalucía" de Anaya es realmente primorosa y la intención no puede ser mejor. Los logros superan con mucho a los reparos. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Habla Ellelou, dictador kushita

A John Updike se le vio el plumero desde el principio: no sólo compartía con otros americanos el disgusto hacia lo que su país era, sino que no había demasiada confusión en ese rechazo; tenía, para colmo, la pasión de la lucidez en cuanto a las raíces de su propio desajuste en la sociedad a la que pertenecía. "The poorhouse fair", "Rabbit, run", "On the farm" son títulos que expresan bien una trayectoria de amargura y crítica hacia la cotidianidad en que anda metido.

Ahora aparece una obra suya en apariencia muy distinta, cimentada en la observación de ciertos aspectos de la realidad política de nuestro mundo: la épica y tramoya del poder en el Africa islámica (1). Updike parece haberse documentado, antes de ponerse a la tarea, como esos autores de "best-seller" presuntamente literarios y presuntamente periodísticos que van espinzando de aquí y allá toques de "local colour" que saben impresionarán al autosuficiente y en verdad ignorante lector occiden-

(1) "Golpe de Estado", Narradores de Hoy, Bruguera, 1979.



tal; pero esos materiales, Updike los ha utilizado como era de esperar en él: con la misma ironía con que en otras de sus obras podía hacer aparecer un "americano pie", como insuperable expresión del ambiente en que se movían —más bien se debatían— sus personajes.

Aquí, Updike afecta narrar

mediante la voz del dictador islámico de Kush, país sudsaariano, semidesértico, productor de maní: el coronel Ellelou, nacido en lo que los franceses denominaban Noire; después de servir y desertar de los cuerpos indígenas de París, y después del contacto con los negros disconformes en Estados Unidos, vuelve a su tie-

rra y derroca al anciano Rey, con lo que tiene las manos libres para imponer un poder personalista-populista basado en la letra del Corán y en una particular interpretación de Marx. Semillante trama, con toda la intriga y tramoya inevitable al fondo, trae como consecuencia que Updike se incline ávidamente sobre la actualidad más "rabiosa" de hoy, y saque en su novela desde agentes de la CIA hasta consejeros soviéticos. Ello implica riesgos de sucumbir al tópico, por muy bienintencionado y antiimperialista que se sea, y Updike, quizá consciente de ello, filtra su prosa en sarcasmos sobre los influjos de las grandes potencias en la vida de los habitantes de Kush. Baste con decir que los despachos metropolitanos que en las sombras manejan el antiguo mundo colonizado son aludidos frecuentemente, e incluso retratados con toda verosimilitud: pe-

ADIOS A LAS LETRAS Paseo por el erotismo

La pasada semana fue plena en Madrid: se presentaron libros de viajes —libros de paseo, diríamos—, se introdujeron libros eróticos y se dieron a la publicidad ensayos de antropología social de la actualidad. Este país da para mucho.

Para lo que más da este país es para papel, como les decía el otro día. Todavía la televisión no ha sustituido al papel, cosa que es venturosa, y así aún se editan libros.

Da para muchos libros este país. Ya da hasta para libros de erotismo, que no es lo mismo que libros eróticos. Acabo de leer uno, que me acompañó en mi viaje yugoslavo. Está en mi memoria, por tanto, como si fuera un libro extranjero. Repasándolo parece, sin embargo, un libro catalán traducido al castellano. De modo que la mezcla que habita en mi cerebro es tan grave como compleja es la composición del grupo que se esconde bajo el seudónimo de Ofelia Dracs, colectivo de ocho escritores responsables de *Diez manzanitas tiene el manzano*, libro de erotismo al que aludo.

Los extranjeros escribían en solitario sus libros eróticos, porque en cuestiones de erotismo siempre es bueno que tu mano derecha ignore lo que hace tu mano izquierda. Pero en España son colectivos los que escriben de erotismo, como si hicieran un *menage-à-huit* en el que la soledad es imposible. Como recuerda mi admirado J. J. Armas Marcelo, estas cosas no pasan en Inglaterra.

El sabor que me dejó el paseo por el erotismo hispano fue el del licor yugoslavo, que te sacia constantemente, pero que siempre te obliga a apurarlo más. Ofelia Dracs es mucha gente para un solo libro de unas 190 páginas. Si hubieran escrito más, sin embargo, habría sido muchísimo peor: lo que la *Sonrisa Vertical* les premió a los ocho nombres de Ofelia —el libro fue premio de

novela *La Sonrisa Vertical*— fue lo breve. *Gracián lo dijo en inglés: "Lo bueno, si breve, más erótico aún"*. En España la censura franquista apocópó la frase.

Fue una semana dedicada a la belleza. O, más bien, a la consideración crítica de la estética: *Amando de Miguel se rodeó de la crema intelectual madrileña para presentar a sus intelectuales bonitos. El mismo es un sociólogo bonito, que resalta sus intenciones de mejora estética —no hace falta ser bello: es necesario querer parecerlo— con unas gafas que le prestó Quevedo cuando ambos luchaban por hacer sociología multinacional.*

En la misma línea de paseo por las caras de los españoles está otro libro igualmente introducido la semana pasada: *Políticos con cara de foca*, de Javier Figuero. Figuero, que es un periodista intrépido, se ha apoyado en el bastón de la famosa greguería de Gómez de la Serna para realizar la geografía humana de lo que nos pasa. Como en los lanzamientos de jabalina, hay que ver el segundo intento para comprobar si los retratos son ajustados o no. Ymelda Navajo, que es la que me ha inundado últimamente de libros de estética periodística, asegura que se ha divertido con el libro de ero. Y como ella es especialista yo me quedo con su opinión por si les vale.

De todos los libros, el paseo de los novelistas Juan Pedro Aparicio y José María Merino por los caminos del Esla (*Los caminos del Esla se llama el volumen*) es el que me resulta más reconfortante. Los escritores han caminado, como se solía hacer en otro tiempo, por hermosos parajes leoneses y al término han traído un libro caliente como un paisaje. Sirve de almohada sobre el cansado colchón de la literatura española. ■ SILVESTRE CODAC.